

Misión imposible: servir la deuda externa

Alexander Schubert Economista chileno. Actualmente es investigador en la Universidad Libre de Berlín. Autor de: "Panamá: La Historia de un País y de un Canal", "Dictadura en Chile", "Petróleo: El Poder de la Escasez" (todos ellos publicados en alemán), "Tendencias Críticas del Sistema Crediticio Internacional" (en preparación).

A los crecientes déficits de la balanza comercial de los países latinoamericanos fueron agregándose, con el transcurrir de los últimos años, crecientes pagos de intereses sobre la deuda externa. Durante la década de los años sesenta, la crítica de la izquierda a la dependencia externa se dirigía, entre otros aspectos, hacia las progresivas transferencias monetarias hacia el exterior, debido a la exportación de las ganancias de las empresas extranjeras y al pago de todo tipo de derechos, royalties, etc.; sin embargo, los montos de estos pagos quedaron, desde mediados de la década pasada, muy por detrás de los pagos de interés. Con toda razón, comenzó a llamar la atención que estos pagos de interés constituirían un nuevo mecanismo para succionar el producto generado internamente en los países latinoamericanos hacia los países capitalistas desarrollados.

Paradójicamente, debido al persistente déficit de la balanza comercial, tales intereses sólo podían ser cancelados con nuevos créditos externos. Es decir, si bien se succionaba crecientes recursos de los países latinoamericanos, los propios países capitalistas desarrollados debían suministrar ascendentes sumas de dinero/capital, para hacer posible el pago de aquellos intereses. Y obviamente lo mismo sucedía con los pagos para amortización de la deuda.

Para comprender este fenómeno debe tenerse en cuenta la enorme expansión internacional del mercado de capitales conocido como "euromercado". Este sistema crediticio internacional, ya comenzó a desarrollarse fuertemente hacia fines de la década de los años sesenta a base de la expansión de las empresas transnacionales. Luego adquirió un auge notable con el derrumbe del sistema de Bretton Woods, que determinaba la existencia de paridades fijas entre las monedas de los más importantes países capitalistas. Con posterioridad al drástico aumento de los precios del petróleo por parte de la OPEC en 1974, y la consiguiente afluencia de grandes sumas de dólares (petrodólares) provenientes de los países exportadores de petróleo, el sistema bancario capitalista llegó a adquirir un carácter transnacionalizado. Además, durante el mismo período se produce la consolidación de las tendencias hacia la transnacionalización de la producción, estableciéndose así una

integración global de muchos países en desarrollo dentro del sistema crediticio capitalista internacional.

Como resultado de este proceso, cada vez más países del Tercer Mundo pudieron endeudarse en el mercado crediticio mundial privado. Los bancos transnacionales no sólo recibían grandes sumas de petrodólares y de depósitos de empresas transnacionales, sino también comenzaron a otorgar crecientes créditos a los países del Tercer Mundo. Comenzó, así, el período del vertiginoso endeudamiento del Tercer Mundo con los bancos transnacionales que operaban en el euromercado, fuera del control de sus respectivos Estados.

Como consecuencia se produjo una profunda modificación de la estructura de la deuda externa de los países del Tercer Mundo, especialmente de los más grandes países latinoamericanos. Hasta aproximadamente 1972, alrededor de dos tercios de su endeudamiento externo se componía de créditos oficiales, otorgados a ellos por agencias gubernativas de los países capitalistas desarrollados, o por agencias multinacionales (como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, etc.), ya hacia fines de la década pasada la relación se invierte. A partir de entonces, los créditos privados pasan a predominar, llegando, en algunos casos, a más del 70% del total de la deuda externa de los países mencionados.

Pero la deuda no sólo se modifica en cuanto a su estructura, sino también crece aceleradamente. De alrededor de 100 millones en 1972, la deuda externa de mediano y largo plazo, sin deuda de corto plazo de los países en desarrollo -según la OCDE- sube hacia fines de 1982, a más de 620 mil millones de dólares. En América Latina, el endeudamiento externo de los países mencionados (expresado en US dólares) sube, entre 1977 y 1981, de la manera siguiente: Argentina: de 9.700 a 34.000 millones; Brasil: de 40 mil a 75 mil millones; México: de 29 mil a 65 mil millones; Chile: de 5.400 a 14.800 millones. Durante el mismo período, la deuda de estos países con los bancos transnacionales aumenta, en Argentina: de 4,9 a 23 mil millones; Brasil: de 27 a más de 50 mil millones; México: de 20 a más de 50 mil millones y Chile: de 1.500 a 8.750 millones de dólares.

Inevitabilidad de la crisis

Fuera de la creciente dependencia aumento de la deuda externa reflejaba el hecho de que, con la expansión del mercado crediticio internacional privado, los países deficitarios de América Latina y otras regiones habían logrado acceso a una fuente de recursos que les evitaba realizar las correcciones económicas necesarias del esquema de desarrollo en aplicación para salir del déficit. Todas las esperanzas se cifraban en los futuros frutos del proceso de industrialización y del fomento de exportaciones financiado con los recursos crediticios externos. Y en la medida que tales esperanzas no se materializaban, la crisis pasaba a ser inevitable.

Fue a más tardar en 1980, cuando la crisis financiera de los países latinoamericanos más endeudados en el exterior adquirió su dinámica propia. Por un lado, el aumento de las tasas de interés en los mercados crediticios internacionales elevó considerablemente la carga de su balanza de pagos. Por el otro, la recesión económica mundial, agudizada en 1982 con carácter de depresión, hizo caer notablemente los precios de varios de los productos básicos exportados por estos países (como, por ejemplo, el petróleo mexicano y el cobre chileno). El resultado fue una "crisis de liquidez", eufemismo con que se designa la capacidad de estos países para servir su deuda externa.

Lo que se esconde detrás de esa "crisis de liquidez" no es otra cosa que la incapacidad de los países deudores para poder continuar endeudándose con el ritmo necesario de manera de poder hacerse cargo de los pagos pendientes. Desde mediados de 1975 en adelante, con rarísimas excepciones, en ninguno de los países en cuestión se logró una balanza comercial positiva, que permitiera cubrir las importaciones con recursos propios. Era necesario, pues, endeudarse para cubrir aquel déficit y, además, endeudarse para cubrir las deudas. Así, por ejemplo, en el caso del Brasil, el endeudamiento externo alcanzaba en 1979 aproximadamente 50 mil millones de dólares. En 1980, este endeudamiento externo aumentaba a 56,2 mil millones, sin que el país pudiera disponer de tan solo un dólar adicional. La razón era simple: como la balanza comercial era negativa, tan sólo para el pago de los intereses, ascendientes a más de 6 mil millones de dólares (aproximadamente 30% del total de las exportaciones) había que recurrir a nuevos créditos. Pero en realidad, el problema era más complicado aún: como Brasil debía pagar, además, cerca de 7 mil millones en amortizaciones, el país debía obtener por lo menos trece mil millones en nuevos créditos para hacer frente a sus compromisos internacionales. De hecho, la suma era mayor, ya que también era necesario cubrir el déficit de la balanza comercial.

Este ejemplo podría repetirse para cada año y cada país de América Latina, con muy leves modificaciones. Hacia 1981 y, con mayor razón, hacia fines de 1982, la situación pasó a ser insostenible. Los montos que tan sólo cuatro países latinoamericanos -Argentina, Brasil, Chile y México- debían obtener en los mercados crediticios internacionales para hacer frente a sus compromisos de pago, ascendían a más de 60 mil millones de dólares, a pesar de que el total de sus exportaciones anuales no llegaba a los 50 mil millones de dólares. Es decir, los nuevos créditos privados que se requerían eran muy superiores al total de las exportaciones de esos países.

En octubre de 1982, el Morgan Guaranty Trust publica un cálculo, bastante realista, sobre la carga que representaba para los países mencionados la amortización de la deuda externa y los pagos de intereses, incluyendo la deuda de corto plazo. El resultado mostraba que debían pagar al exterior un equivalente al siguiente porcentaje de sus exportaciones: Argentina: 179%; México: 129%; Brasil: 122%; Ecuador: 122%; Chile: 116%. Es decir, aún en el caso de que estos países no hubieran importado absolutamente nada (cuestión irrealista, por supuesto), los ingre-

sos de sus exportaciones no habrían alcanzado para pagar las deudas canceladas en 1982¹. En términos absolutos, esto significaba, aproximadamente, que las deudas que Argentina debía cancelar en 1982 ascendían a cerca de 17 mil millones de dólares, mientras sus exportaciones sólo llegaban a 10 mil millones; México debía pagar más de 25 mil millones, pero sólo contaba con ingresos de 20 mil millones; Brasil tendría que pagar una suma similar a la de México, contando con ingresos también similares, etc. ¿De dónde sacar entonces esas sumas?

Ya en 1981 México había comenzado a sufrir una "crisis de liquidez", es decir, a quedar sin dinero para pagar las deudas que iban madurando. Debido al estancamiento y posterior reducción del precio del petróleo, sus ingresos en divisas eran muy inferiores de lo esperado. Sin embargo, las deudas de todas maneras iban madurando. No quedaba, entonces, otra alternativa que sumergirse en el mercado crediticio internacional y tratar de obtener el máximo de créditos posible. Hacia fines de 1981 esta operación había sido concluida exitosamente, aunque a costa de un endeudamiento de corto plazo de casi todas las más grandes empresas estatales². Sin embargo, debido a que en 1982 los precios del petróleo seguían desmoronándose, mientras que a la montaña de deudas de mediano plazo, que ahora maduraban, se unía otra montaña de deudas de corto plazo, la situación se tornaba inmanejable. No quedaba otro recurso que declararse en cesación de pagos y proclamar un aplazamiento (moratoria) de sus servicios.

Otro tanto sucedía en el caso del Brasil. Hacia fines de 1982, este país se encontraba en una situación similar a la de México. En Nueva York, el Banco do Brasil, de propiedad mayoritaria del Estado brasileño, quedaba "corto" en alrededor de 300 millones de dólares, es decir, no podía pagar sus compromisos. Esta minúscula cifra estaba indicando la gravedad del problema: Brasil se había quedado sin fondos para pagar sus deudas. En consecuencia, dos bancos norteamericanos, fuertes acreedores del Brasil, durante la noche debieron organizar una operación de "rescate" otorgando un "crédito enlace" al Banco do Brasil. Pero la mayor operación, de reestructuración de la deuda amortizable en 1983 y del otorgamiento de más de 4 mil millones de dólares adicionales, no lograba ser completada exitosamente. Así, Brasil, mediante declaración del Banco Central de que a partir del 1 de marzo de 1983 cesaría -"temporalmente"- de amortizar sus deudas, ponía de manifiesto la situación de bancarrota en la que se encontraba.

Lo que había comenzado como financiamiento externo a un proceso de industrialización orientado "hacia afuera", se había transformado ahora en una de las más espectaculares crisis financieras contemporáneas. Claro está: esta crisis recién comienza.

¹ Véase "World Financial Markets", Morgan Guaranty Trust, octubre 1982, pág. 5.

² Véase el relato, casi chistoso si no fuera por lo trágico, de Nicholas Asheshov, "The Mexican Petrotrauma", en "Institutional Investor", noviembre de 1981.

La cola mueve al perro

Mientras la crisis no se manifestaba, sólo observadores críticos de la economía mundial identificaban aquel fenómeno que respetables fuentes como el "Wall Street Journal" recién descubrían cuando la situación ya era insostenible: que la política económica de los países altamente endeudados había pasado a depender totalmente del servicio de la deuda externa. O, en las palabras del citado periódico:

"Normalmente, los países se proponen alcanzar metas anuales de su comercio de acuerdo a las condiciones económicas internacionales. En un año cualquiera, el excedente de las exportaciones sobre las importaciones determina cuánto deben prestar para equilibrar sus cuentas. Este año, antes de siquiera poderse plantear metas para su comercio, los expertos brasileños hicieron un tour por los más grandes centros bancarios, para llegar a una estimación sobre el monto que los banqueros estarían dispuestos a prestarles en 1983. De vuelta en Brasil, los encargados de la planificación recién pudieron plantear las metas de exportación e importación de acuerdo al monto de los créditos que los banqueros dijeron querer extender. Este procedimiento parece querer otorgar a los banqueros internacionales una influencia dominante en el manejo económico del Brasil"³.

Esto era una confirmación de un fenómeno general, no reducido tan sólo al Brasil: debido a los crecientes montos que los países endeudados debían pagar hacia el exterior, un creciente endeudamiento no iba acompañado de una mayor disponibilidad de recursos. En otras palabras, a pesar del creciente endeudamiento, el flujo neto de capital hacia estos países era nulo o casi nulo⁴.

Sin embargo, el problema actual no sólo consiste en que ahora el nuevo endeudamiento no otorga una mayor disponibilidad de recursos. Desde 1980, como máximo, el servicio de la deuda externa pasó a representar un porcentaje tan alto del presupuesto estatal o de los pagos de las empresas privadas (especialmente de los bancos), que la política económica de estos países ha debido orientarse prioritariamente hacia la creación de condiciones que permitan hacer frente a los pagos de la deuda. Es decir, ahora se crea una situación en la que los recursos externos no ayudan a implementar las metas de la política económica, sino al revés, la política económica pasa a tener como meta primordial la obtención de los recursos externos. Como lo ha expresado la prensa brasileña, **la cola mueve al perro**.

Para explicar este fenómeno, debe tenerse en cuenta qué sucedió con los créditos externos en cada país. En términos globales, se puede diferenciar dos grupos de

³ Everett Martin, "Brazil Intends to Tailor its 1983 Budget to loan projections by Foreign Bankers", en "The Wall Street Journal", 12/11/82, pág. 12.

⁴ Cálculo de AMEX Co. relativos al año 1981 indican que el flujo neto hacia los países del Tercer Mundo, si se considera la deuda de corto, mediano y largo plazo, fueron igual a cero, a pesar de haberse otorgado a estos países créditos por un valor igual a 150 mil millones de dólares. Véase "LDC Debt Service: A tighter cash flow", en "AMEX Bank Review", Vol. 9, No. 4, 1982.

países: Brasil y México que presentan un fuerte endeudamiento externo **del Estado**, y Argentina y Chile, cuyo endeudamiento externo ha sido fundamentalmente realizado por **instituciones privadas** (bancos y empresas privadas, sin garantía oficial). En el primer caso, los recursos externos fueron utilizados por el Estado -durante una primera etapa- para el financiamiento de sus gastos corrientes y de inversiones públicas (productivas, infraestructura), para cubrir el déficit de la balanza comercial y para otorgar créditos (de fomento) al sector privado. En el segundo caso, fueron fundamentalmente los bancos y las grandes empresas privadas las que se endeudaron en el exterior -al margen de un control gubernamental- orientando sus recursos para otorgar créditos en el mercado de capitales interno. Así, pues, una gran parte de las importaciones suntuarias y no suntuarias de Chile fueron financiadas mediante créditos otorgados por bancos extranjeros a los bancos nacionales, que éstos últimos utilizaron para otorgar créditos a los importadores y consumidores chilenos.

En un interesante estudio de Jeff Frieden relativo a Argelia, Brasil, México y Corea del Sur, se constató que allí fue fundamentalmente el Estado quien se endeudó en el exterior. Además, se determinó que en esos países existe:

- una fuerte participación del Estado en las inversiones totales,
- un alto financiamiento estatal de empresas privadas,
- un predominio de empresas estatales en sectores productivos fundamentales,
- una concentración de los créditos externos en el sector estatal,
- un desaceleramiento de la importancia de las empresas transnacionales en el conjunto de la economía,
- un reemplazo de estas empresas transnacionales como aportadores prioritarios de capital extranjero por parte de los bancos transnacionales.⁵

A pesar del rol preponderante del Estado, tanto en Brasil como en México también aumentaron considerablemente las deudas externas del sector privado. En una primera época esas deudas se derivan fundamentalmente de las actividades de las empresas transnacionales, es decir, de sus formas de financiamiento⁶. Sin embargo, como lo demuestra un estudio de José Manuel Quijano, para el caso de México, a partir de 1978 una creciente proporción de las deudas externas del sec-

⁵ Jeff Frieden, "Third World Indebted Industrialization: International finance and state capitalism in México, Brasil, Algeria and South Corea", en "International Organization", Vol. 35, No. 3, 1981.

⁶ Un estudio clásico es el de Fernando Fajnzylber y Trinidad Martínez Tarragó, "Las empresas transnacionales. Expansión a nivel mundial y proyección en la industria mexicana", México, 1975. Para el caso de Brasil, véase María da C. Tavares y Aloisio Texeira, "La internacionalización del capital y las transnacionales en la industria brasileña", en "Revista de la CEPAL", No. 14, agosto de 1981, pág. 102.

tor privado corresponde a las empresas nacionales⁷. Los conglomerados o grupos económicos nacionales pasaron, de esta manera, a integrarse directamente en el sistema crediticio internacional, reflejando así la otra cara de la medalla de la transnacionalización de la banca privada de los países capitalistas desarrollados.

Quedó así determinado el marco concreto dentro del cual se podían producir modificaciones dentro de la política económica de los regímenes militares en el poder, una vez que los flujos crediticios netos fueran disminuyendo -cosa que ocurrió, como ya se ha dicho, a más tardar en 1980-. Debido a la ausencia de un dinamismo económico interno, y al creciente servicio de la deuda (incluyendo los intereses), los responsables de la política económica no tenían más alternativa que hacer todos los esfuerzos por **acelerar** la toma de créditos externos. En vez de disminuir el ritmo de endeudamiento externo, cuando se hacía difícil la obtención de nuevos créditos netos, había que acelerarla por todos los medios posibles. Era la única forma de evitar una bancarrota masiva de las empresas públicas y privadas, de los bancos y del Estado. Para las primeras, el nivel de endeudamiento exigía un refinanciamiento de las deudas; para el Estado, los créditos nuevos habían pasado a ser la condición de la subsistencia de los regímenes militares.

Bajo estas circunstancias, con sólo leves modificaciones, en los países más endeudados de América Latina ocurrieron fenómenos similares que siguen prevaleciendo hasta hoy: 1) **las tasas de interés internas suben cada vez más**, en forma errática, y sin vinculación a las tasas de interés del euromercado (cuestión inexplicable desde el punto de vista monetarista); 2) **aumenta la presión sobre la paridad cambiaria, obligando a una devaluación paulatina**, a la que se superponen crisis cambiarias (caso de Brasil y, con modificaciones, México), o provocando un verdadero desangre de divisas como consecuencia de los intentos de las autoridades monetarias para mantener la tasa de cambio prefijada (caso de Argentina y Chile); 3) **crece el déficit fiscal**, cubierto mediante un aumento del endeudamiento interno o externo y a través del tradicional recurso de préstamos del Banco Central al fisco; 4) **se incrementan las presiones inflacionarias**, a pesar de la semi-depresión a la que se somete a la economía nacional; 5) **aumenta la fuga de capitales hacia el exterior**, que sólo parcialmente vuelven en calidad de préstamos externos hacia el interior.

Todo ello no puede sino terminar en una crisis productiva de enormes dimensiones, que por fin quite el manto que las relaciones crediticias internacionales tendían sobre la realidad nacional. **En el futuro, todo el mundo estará de acuerdo en que los militares han arruinado, con su política económica, al país respectivo.**

La realidad muestra entonces con toda claridad, que eran verídicas las denuncias, en el sentido de que el apoyo financiero externo para los regímenes militares latinoamericanos no beneficiaba un desarrollo nacional, sino que se enmarcaba den-

⁷ José Manuel Quijano, "México: Estado y Banca Privada", Ensayos del CIDE, 1981, pág. 270 y sgts. Este es un notable estudio sobre la evolución de las relaciones crediticias internacionales de México durante el último decenio.

tro del modelo de acumulación transnacional y de las nuevas realidades políticas que se habían creado con la suspensión de la democracia⁸.

La crisis actual de endeudamiento externo no sólo tiene una dimensión económica, sino que posee igualmente una dimensión política. Ella afecta el funcionamiento de todo el sistema políticosocial establecido en los países endeudados para dar cauce al modelo de desarrollo transnacional o, en los términos de Caputo y Briones, al "nuevo modelo de acumulación"⁹. Pero también afecta profundamente el funcionamiento del actual sistema crediticio internacional, es decir, de los bancos transnacionales.

La crisis y las perspectivas de la alianza transnacional

En primer lugar, debe tenerse en cuenta que la crisis actual no fue prevista -salvo raras excepciones-¹⁰ por los agentes de la transnacionalización del capital financiero. Innumerables artículos se escribieron para demostrar la estabilidad intrínseca de la explosión crediticia internacional. En consecuencia, a pesar de haber sido teóricamente posible predecir la actual situación¹¹, nada se hizo por evitar que ocurriera.

Pero había una segunda razón, de mayor trascendencia: **la actual crisis se fue desarrollando como resultado de la transnacionalización del sistema crediticio internacional y del sistema político social creado en muchos países del Tercer Mundo para hacer viable tal proceso.** En consecuencia, se trata de una crisis "interna" de las nuevas relaciones económicas creadas con la transnacionalización del sistema crediticio internacional, y de ninguna manera de una crisis originada de manera "exógena".

Resulta ocioso, como lo ha hecho (con buena intención) el consejero económico de las Naciones Unidas, Sidney Dell, pretender demostrar que la causa de la crisis de endeudamiento externo radica en los "shocks externos" sobre las economías endeudadas. Tales "shocks", como el aumento del precio del petróleo en 1973/74 y 1979/80 -el aumento de los precios de los productos industriales importados por los países en desarrollo, la recesión mundial, con sus catastróficos efectos sobre los precios de los productos exportados de estos países, etc.-, habrían sido la cau-

⁸ Recordemos en este sentido las denuncias de Orlando Letelier antes de ser asesinado. Véase también, Isabel Letelier, Michael Moffit: "Human Rights, Economic Aid and Private Banks: The case of Chile", IPS, Washington, 1978.

⁹ Alvaro Briones y Orlando Caputo, "Hacia una nueva modalidad de acumulación capitalista dependiente en América Latina", en "Investigación económica", Nueva Epoca, No. 2, 1977.

¹⁰ Un ejemplo notable: Emma Rothschild, "Banks, The coming crisis", en "New York Review of Books", mayo 1976. Otro crítico ha sido el editor de la revista "International Currency Review", Christopher Story, aunque desde posiciones muy derechistas.

¹¹ Como demostración de que la crisis era efectivamente previsible, véase para el caso de Chile el trabajo del propio autor: "Caso CRAV: El modelo económico (todavía) no se derrumba", en "Cuadernos de Orientación Socialista", No. 8, y otros artículos en varios números de esta revista.

sa fundamental del constante deterioro de la balanza comercial del Tercer Mundo¹². No hay duda que tales hechos influyeron fuertemente sobre aquellos países, pero esto no disminuye la responsabilidad que recae sobre los gobiernos respectivos. Pues, ¿no fueron precisamente ellos los que realizaron la reestructuración interna de tal forma de dejar indefensas a las economías nacionales ante los vaivenes del mercado mundial y de los flujos de los créditos internacionales?

En la medida que las nuevas relaciones económicas significaron una profunda alteración de las formas y el funcionamiento del Estado en los países del Tercer Mundo, la crisis crediticia internacional afecta también a tales Estados. Por ejemplo: la dictadura de Pinochet se ve hoy seriamente amenazada por la falta de los mismos créditos que en 1976 y después le permitieron desconocer y sobreponerse a las exigencias externas (e internas) de respeto de los derechos humanos. En cambio México, que se incorporó al sistema crediticio internacional sin mayores alteraciones políticas, presenta hoy una inestabilidad política muy inferior a la del régimen chileno, a pesar de ser el país más endeudado del mundo y de estar prácticamente en bancarota.

Con la insolvencia de grandes países deudores, los propios bancos transnacionales están amenazados de quiebra. Tan solo las deudas de cuatro países latinoamericanos: Argentina, Brasil, Chile y México, incluyendo sus deudas a corto plazo, pueden ser estimadas en más de 250 mil millones de dólares, de los cuales más de 150 mil son deudas con los bancos transnacionales. Pero el capital de los 40 bancos más grandes de los Estados Unidos alcanza a 40 mil millones de dólares, y el capital de los 120 bancos más grandes de los Estados Unidos a 120 mil millones. Es decir, **la deuda de tan sólo esos cuatro países latinoamericanos representa un monto similar al capital total de los 160 bancos más grandes del mundo**¹³. Si dichos países dejaran de pagar, sin que nadie se haga cargo de sus deudas, la bancarota mundial sería de proporciones mayúsculas.

En vista a esta situación, las alternativas de solución a la actual crisis dentro del marco de la propia alianza transnacional son extraordinariamente estrechas. De partida, podemos descartar una solución consistente en que mediante negociaciones globales se conduzca a un feliz término el diálogo "Norte-Sur". No sólo porque la experiencia pasada no da lugar a optimismo, sino además porque un mejoramiento negociado de la situación de los países del Tercer Mundo dentro de la economía mundial sólo puede lograrse en épocas de auge económico, y difícilmente en tiempos de recesión o depresión, como los que empezamos a vivir hoy en día.

En términos generales se pueden descartar todas aquellas soluciones que tiendan a trasladar los costos de la crisis hacia los países capitalistas desarrollados. No sin

¹² Sidney Dell, Roger Lawrence: "The Balance of Payments Adjustment Process in Developing Countries", Pergamon Press, Nueva York, 1980.

¹³ Véase Nicholas Colchester y Peter Montagnon, "The Illusions are stripped away", en "Financial Times", 15/10/82.

razón en círculos norteamericanos están orgullosos del método aplicado por el gobierno de los Estados Unidos para otorgar un préstamo de "enlace" a México: éste ha servido como pago anticipado de las importaciones del petróleo mexicano para la reserva estratégica norteamericana, lo que se dice, no es más que el primer paso para asegurar, a largo plazo, el abastecimiento de este combustible. Tras ello es posible imaginarse otras medidas de este tipo y algunas más radicales, como la ocupación de los pozos¹⁴

¿Como impedir la bancarrota?

Pero trasladar los costos hacia los países en desarrollo no es cuestión fácil. Hoy estos países no pueden pagar. Además, si no se ayuda financieramente a los gobiernos respectivos, éstos deben declararse en quiebra. Pero ello significaría un enorme costo político, especialmente para los Estados Unidos. Entonces, ¿cómo cobrar la deuda sin llevar a los países deudores a la bancarrota?

Descartado el procedimiento utópico de una condonación general e inmediata de deudas (o, incluso, una condonación más restringida como la exigida por los países en desarrollo en la Declaración de Manila), en el fondo, de lo que se trata es de hacer líquidas las deudas impagas, sin modificar en sentido positivo o negativo la posición del deudor. Es decir, de evitar una quiebra masiva de los bancos transnacionales como consecuencia de la incapacidad de pago de los países del Tercer Mundo más endeudados. Por ejemplo, Ronald Reagan llegó a Brasil -que en un brindis confundió con Bolivia- a fines de 1982, con un crédito federal de 1.200 millones de dólares, justo lo necesario para que este país pudiera cumplir algunos de sus más urgentes compromisos financieros hasta que el Fondo Monetario le otorgara otro crédito, de más largo plazo. El caso de Argentina es idéntico: este país negoció un crédito con el FMI cuyo monto alcanzaba justo para pagar algunos de los intereses acumulados durante 1982. Una función similar cumplen los créditos otorgados a México por el Banco de Pagos Internacionales de Basilea.

Así, lo que en verdad se estaba rescatando era a la banca norteamericana, la que ahora, en vez de dar por perdidos sus préstamos a Brasil (lo que equivale a la ruina para muchos de esos bancos), los veían monetizados por acción del gobierno de Ronald Reagan. Sin embargo, para el Brasil u otro país endeudado nada ha cambiado, salvo la suma de intereses y amortizaciones que habrá de ser pagada en el futuro, la que sigue aumentando.

El gobierno de Reagan, que inició su período administrativo agitando la bandera del libre mercado, hoy se ve liderizando las operaciones de rescate de los países endeudados y de su propia banca, mediante créditos del Tesoro. No le queda otra alternativa y ninguno de los ideólogos monetaristas, tan minuciosos en observar

¹⁴ Los juegos estratégicos norteamericanos están brillantemente descritos en John Saxe-Fernández, "Petróleo y estrategia. México V Estados Unidos en el contexto de la política global", Siglo XXI, México, 1981.

las cifras estadísticas sobre el crecimiento de la cantidad de dinero, ha hecho objeción alguna en este proceso puramente inflacionario de otorgamiento de créditos fiscales para monetizar deudas bancarias impagas¹⁵.

Así, mientras a escala internacional se fomenta la inflación, dentro de la propia economía de los diversos países se profundizan las tendencias recesivas. Mientras se otorgan grandes créditos para impedir la bancarrota de gobiernos militares amigos, en Detroit resurgen, como realidad concreta, los cuadros conocidos de las películas sobre la Gran Depresión. Y al mismo tiempo, las tasas de cesantía en los mayores países desarrollados -sin excepción-, llegan a niveles de récord de posguerra.

Un cuadro similar se repite en los países deudores. Para salvar a algunos conglomerados y, fundamentalmente, a bancos nacionales de una inevitable quiebra, el Estado asume las deudas emitiendo dinero. La inflación vuelve a sus niveles tradicionales o los supera, al mismo tiempo que, supuestamente para equilibrar el presupuesto fiscal, se eliminan los subsidios a los alimentos y se reducen los gastos sociales. En la misma medida que el Estado absorbe astronómicas sumas por las pérdidas provocadas por la devaluación de la moneda, se paralizan las obras públicas y se aumentan los precios de los servicios públicos. Y todo ello va acompañado de una reducción de los salarios reales: se pretende que este es el "sacrificio" que "todos" deben hacer para sacar al país del endeudamiento.

Los costos que implica, para los gobiernos de los países capitalistas desarrollados, impedir que la crisis de endeudamiento externo se transforme en crisis financiera tradicional, son tan altos que no quedan recursos capaces de aliviar la carga que pesa sobre los países deudores. Y esto es tan manifiesto que ni siquiera para salvar a los más pequeños países del Caribe frente a la influencia "comunista", el gobierno de Reagan quiso poner a su disposición más de 350 millones de dólares, suma que el propio Seaga de Jamaica calificó de totalmente insuficiente.

Con mayor razón pasará a ser de primordial importancia para los Estados Unidos buscar en América Latina a los mejores administradores de la crisis. En México, a juzgar por la prensa norteamericana, esto se estaría produciendo casi por efecto natural de las cosas. En Brasil, vistos los últimos resultados electorales, la situación pareciera ser más o menos estable, dado que ningún grupo político opositor puede hacer más que aceptar su neutralización por el gobierno federal. Pues es poco probable que un Lionel Brizzola declare en bancarrota a su propio Estado (la carcajada de los militares se oiría hasta el otro lado del Atlántico).

Argentina y Chile, en cambio, son países más difíciles. En ambos, los militares están completamente desprestigiados. Sus mecanismos de represión y violación de derechos humanos son repudiados cada vez más profundamente. La catástrofe económica tiene proyecciones similares. Incluso la fuerza organizada de oposi-

¹⁵ Véase "New Orleans Conference: Is monetarism irrelevant in the fiat money economy?", en "International Currency Review", Vol. 14, No. 5, nov. 1982, pág. 12 y sgts.

ción no difiere sustancialmente, con ventajas para Argentina. ¿No será necesario aquí buscar otros aliados?, se preguntarán seguramente en el Departamento de Estado y en las oficinas del Citibank y del Chase Manhattan Bank.

No sería extraño que en cierto tiempo más nos encontremos con que el propio régimen militar brasileño encabece a América Latina dentro de un cartel de deudores. Hasta ahora, la sola visión de esta posibilidad hace temblar a más de un banquero internacional. Pero esto rápidamente puede cambiar. ¿No será posible que los propios banqueros norteamericanos asesoren a los militares brasileños, al gobierno mexicano y al "recambio" chileno y argentino, en cuestiones de carteles de deudores morosos? ¿No podría ser incluso conveniente para los intereses norteamericanos negociar "ordenadamente" con un tal cartel, mediante un grupo de representantes o "task force" de los más importantes bancos norteamericanos? ¿No les aseguraría ese cartel el reconocimiento de sus créditos, otorgándoles, además, una considerable ventaja sobre los bancos japoneses, alemanes, canadienses, británicos, etc.?

Durante su visita a Chile, el magnate norteamericano Rockefeller visitó al presidente de la Democracia Cristiana, Gabriel Valdés. Esta bien publicitada entrevista está indicando una cosa cierta: que los líderes políticos de Estados Unidos no se quedan nunca dormidos. Ellos saben que la crisis de deuda todavía está en pleno desarrollo. Saben también que detrás viene un nuevo round en la competencia por los mercados de exportación. Y, obviamente, tienen muy presente la importancia estratégica de América Latina. Este continente no se les escapará tan fácilmente de las manos; eso es, por lo menos, lo que piensan.

Pero por mucha conciencia que hoy se tenga en el gobierno de los Estados Unidos sobre la amenaza proveniente de la crisis de endeudamiento externo de América Latina, la dimensión del problema no hace fácil la búsqueda de soluciones estables que garanticen la hegemonía norteamericana en este continente. Hoy la situación es fundamentalmente diferente al periodo anterior al de la Gran Depresión de 1929-31. En aquella época, como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, se produjo un alineamiento casi obligatorio de los países latinoamericanos en la órbita norteamericana, culminando con la creación del actual "sistema interamericano". El "desarrollo hacia adentro" no implicó una pérdida de control norteamericano. En el futuro, el desarrollo podría diferir notoriamente de la experiencia mencionada.

Una alternativa verídica

Por muchos esfuerzos que hagan, las expectativas para los administradores de la actual crisis de los países latinoamericanos son sombrías. Por ningún lado se vislumbra un horizonte de recuperación sostenida. Muy por el contrario, todo parece indicar que quienquiera se haga cargo hoy día de dar una solución a la crisis dentro del marco social creado por los regímenes militares, terminará profunda-

mente desprestigiado. Y quien no pretenda hacerlo dentro de ese marco, terminará encauzándose hacia formas sociales que muy poco tienen que ver con las actualmente prevalecientes.

Para los países endeudados no existen grandes alternativas. El carrusel de créditos externos está siendo frenado. De hoy en adelante, estos países no recibirán más créditos privados externos que los que sean necesarios para refinanciar sus deudas, y una cantidad mínima adicional. Los flujos netos caerán abruptamente. Para salvar la banca y a las empresas endeudadas será necesario imprimir miles de millones de billetes o bonos que circulen como tales (como en el caso de Brasil, donde el Estado ha dejado de pagar una gran cantidad de sus deudas internas). Será también necesario aplicar una política recesiva, bajar las importaciones y hacer esfuerzos desesperados por exportar más. Pero, ¿hacia dónde exportar, si los países capitalistas se encuentran ellos mismos en una depresión, rodeados, cada vez más, de barreras de protección aduaneras?

Hoy, varios países latinoamericanos se encuentran en una crisis económica que somete a la mayoría al hambre, la miseria y la cesantía.

Los regímenes políticos que hicieron posible esta catástrofe no podrán evadir su responsabilidad política. La cuenta se les presentará en forma organizada o de manera espontánea. Suponer que es posible someter al 30 o más por ciento de la población activa a la cesantía para crear las condiciones (aparentes) que hagan posible pagar deudas externas y mantener los privilegios de una minoría social, mientras el resto vive en la miseria, no es más que una ilusión.

A esta ilusión reaccionaria habrá que oponer una alternativa efectivamente viable. ¿Cuál será esta alternativa, una vez que culmine el proceso político que en los países endeudados elimine del poder a los responsables de la actual catástrofe?

Recordemos que a pesar de todos los esfuerzos de desarrollo "hacia afuera", el mercado doméstico sigue siendo predominante en todos los países de América Latina. Pero este mercado no es un mercado cualquiera, sino un mercado caracterizado por estructuras de consumo específicas, derivadas de una distribución también específica del ingreso. Es un mercado cuyas bases materiales aún no se han desarrollado espontáneamente, sino que dependen de la estructura social del país respectivo. Por ejemplo, ni la producción agrícola es independiente de la propiedad agrícola, ni la industrialización se ha llevado a cabo al margen de los costumbres de consumo de las clases dominantes. Igualmente, el endeudamiento exterior no se ha producido al margen de los requerimientos financieros de quienes hoy ejercen el poder en nuestros países.

Recordemos algo sobre lo que Claudio Marinho ha llamado la atención: que el mercado de los países latinoamericanos es un mercado que excluye a una gran parte de la población, es decir, que es un mercado socialmente desintegrado. En las palabras de Marinho: "Si se observa el comportamiento de la demanda de sec-

tores sociales con distintos niveles de ingreso, se aprecia con claridad que solamente las personas con un ingreso superior a los 500 dólares generan una demanda significativa de bienes industriales no alimenticios. Más del 80% de la demanda de manufacturas no alimenticias de América Latina proviene de personas cuyo ingreso es superior a la cifra mencionada. La mitad de la población de América Latina tiene un ingreso inferior a 500 dólares".

En consecuencia, Marinho concluye acertadamente: "Ello conforma una estructura de crecimiento excluyente, cuya dinámica **no** depende del consumo de las amplias mayorías internas. La industrialización restrictiva no está comprometida con los consumos generalizados, y puede mantener su dinamismo a pesar de que un 50 a 60% de la población no participe en ella, siempre que logre apropiarse del excedente económico y distribuirlo 'adecuadamente'. De hecho se vitaliza con el propio consumo capitalista (de empresas, sector público y estratos de ingresos elevados), prescindiendo del mercado consumidor de la mayoría de la población.

En este sentido, es importante observar que el mercado interno dinámico con que cuentan dichas economías no puede confundirse con un mercado socialmente integrado en el cual participarían todos los estratos de ingreso"¹⁶.

En la integración social de este mercado está el gran potencial de América Latina. Pero esta integración no se producirá como sucediera en los países capitalistas desarrollados, tan sólo por efecto de una acumulación capitalista ampliada. Los fracasos de todos los modelos capitalistas son testimonio suficiente. Esta integración sólo será lograda mediante una profunda modificación de las estructuras sociales prevalecientes, tarea que no será cumplida por las burguesías de nuestros países. Esta tarea deberá ser cumplida por otras fuerzas sociales, que establezcan otro orden social.

La lucha por este nuevo orden continuará siendo difícil. Por muy profunda que sea la actual crisis de endeudamiento externo, ni a las burguesías dominantes ni a los intereses extranjeros les conviene entregar la crisis a su propio destino. Pero sus mecanismos "integrativos" están deteriorados. Hoy no son sólo los trabajadores los cesantes, muchos de quienes hasta hace poco eran gerentes y empleados de bancos, de una casa importadora, de una conserjería comercial, o dueño de autobús o taxi, etc., han pasado a engrosar el número de cesantes. La crisis afecta hoy, junto a vastos "sectores medios", incluso a la propia burguesía. Con ello, no sólo se desmoronan muchas de sus empresas, sino también los mecanismos ideológicos de su dominación.

Buenas son, entonces, las condiciones para oponer una nueva ideología y ofrecer una nueva alternativa social en nuestros países. De lo que se trata no es de ofrecer nuevos esquemas de pensamiento, sino de crear nuevas realidades materiales.

¹⁶ Véase Luiz Claudio Marinho, "Las empresas transnacionales y la actual modalidad de crecimiento económico de América Latina", en "Revista de la CEPAL", agosto de 1981, pág. 32.

Referencias

- Anónimo, AMEX BANK REVIEW. 9, 4 - 1982; Third World Indebted Industrialization: International finance and state capitalism in México, Brasil, Algeria and South Corea.
- Anónimo, INTERNATIONAL CURRENCY REVIEW. 14, 5. p12 - 1981;
- Anónimo, WORLD FINANCIAL MARKETS. p5 - Morgan Guaranty Trust. 1982; The mexican petrotrauma.
- Asheshov, Nicholas, INSTITUTIONAL INVESTOR. - 1981; Brazil intends to tailor its 1983 dudget to loan projections by Foreign Bankers.
- Briones, Alvaro; Caputo, Orlando, INVESTIGACION ECONOMICA. 2 - Nueva Epoca. 1977; New Orleans Conference: Is monetarism irrelevant in the fiat money economy?
- Colchester, Nicholas; Montagnon, Peter, FINANCIAL TIMES. 15-10 - México, Siglo XXI. 1981;
- Dell, Sidney; Lawrence, Roger, THE BALANCE OF PAYMENTS ADJUSTMENT PROCESS IN DEVELOPING COUNTRIES. - 1982;
- Everett, Martin, THE WALL STREET JOURNAL-PRENSA. 12/11. p12 - 1982; LDC debt service: A tighter cash flow.
- Fajnzylber, Fernando; Martinez-Tarragó, Trinidad, LAS EMPRESAS TRANSNACIONALES. EXPANSION A NIVEL MUNDIAL Y PROYECCION EN LA INDUSTRIA MEXICANA. - México. 1975; México: Estado y banca privada.
- Frieden, Jeff, INTERNATIONAL ORGANIZATION. 35, 3 - 1981; La internacionalización del capital y las transnacionales en la industria brasileña.
- Letelier, Isabel; Moffit, Michael, HUMAN RIGHTS, ECONOMIC AID AND PRIVATE BANKS: THE CASE OF CHILE. - Washington, IPS. 1978; The illusions are stripped away.
- Marinho, Luiz Claudio, REVISTA DE LA CEPAL. p32 -
- Quijano, José Manuel, ENSAYOS DEL CIDE. p270 - 1981; Banks, the coming crisis.
- Rothschild, Emma, NEW YORK REVIEW OF BOOKS. - 1976; Las empresas transnacionales y la actual modalidad de crecimiento económico de América Latina.
- Saxe-Fernández, John, PETROLEO Y ESTRATEGIA. MEXICO Y ESTADOS UNIDOS EN EL CONTEXTO DE LA POLITICA GLOBAL. - 1982;
- Story, Christopher, INTERNATIONAL CURRENCY REVIEW. - Nueva York, Pergamon Press. 1980;
- Tavares, María da C.; Texeira, Aloisio, REVISTA DE LA CEPAL. 14. p102 - 1981; Hacia una nueva modalidad de acumulación capitalista dependiente en América Latina.